

jero que fué el último que subsistió antes del cristianismo, ofrece la prueba mil veces repetida de la alianza impura contrahida por Roma pagana con todas las divinidades que sus triunfadores llevaban encañadas á su carro. Como siempre, un anfiteatro acompañaba al santuario de los impuros misterios. Aunque muy destruido el anfiteatro de Pouzzoles, no ha perdido enteramente su antigua forma; podía contener cuarenta mil espectadores, que despues de haberse embriagado muchas veces con la sangre de los gladiadores, bebieron con delicia la de los mártires. Más allá del anfiteatro, cerca de *San-Vito*, se ven las ruinas gigantescas de los numerosos mausoleos que limitaban la vía Campaniana. Estos sepulcros, despojados de inscripciones, conservan todavía bajos relieves y frescos con que el artista puede enriquecer su álbum. La mayor parte se refieren á objetos mitológicos. <sup>1</sup>

El muelle presenta los restos imponentes del muelle restaurado por Adriano y Antonino el Piadoso. Pero lo que espanta la imaginación son los vestigios del puente de Calígula. Se compone de trece arcos, apoyados en enormes pilastras de las cuales la última se sumerge 60 palmos en el mar. ¿Para qué estas construcciones gigantescas? Suetonio va á decirnoslo. "Calígula, dice él, queriendo celebrar victorias imaginarias contra los Partos y los Dácios, dió el espectáculo extravagante de un triunfo á la manera del insensato Xerxes. Con este objeto mandó construir un puente, que partiendo de la parte del golfo en donde está sentada Pouzzoles, debía ir hasta Baja, situada en la orilla opuesta. Pero fué imposible edificar en el mar en un espacio de 2,818 toesas. Para quitar este obstáculo, el emperador mandó reunir de todos los puertos de Italia un gran número de navíos, que colocados en una

<sup>1</sup> *Antichita di Pouzzoli*, in-fol.

doble línea formaron una especie de puente. Sobre esta larga hilera de navíos se levantó una calzada de tierra y de mampostería, segun el modelo de la vía Apia, con pretilles á uno y otro lado y hospederías de trecho en trecho, á las cuales se habia cuidado de llevar hasta agua dulce que salía por fuentes brotantes. El triunfo duró dos dias y la cesación completa de transportes marítimos ocasionó una hambre general que se hizo sentir en Roma más vivamente que en otras partes. <sup>1</sup>

Mientras estábamos considerando aquellos monumentos de la locura imperial, llegaba una fuerte barca montada por seis remeros y por un cicerone. Tomamos lugar en ella rezando, á ejemplo de los viajeros cristianos, el *Ave maris Stella*, en honor de María, y un *Pater* en honor de San Pablo, que nos habia precedido en el golfo. Mientras los remos, hiriendo con iguales golpes las olas azuladas, llevaban dulcemente nuestra embarcación hácia Monte-Nuevo, nos vino á la cabeza leer en Suetonio la descripción del triunfo de Calígula. ¿Qué cosa más útil que estudiar las costumbres públicas de una sociedad, cuyos poéticos monumentos y cuya brillante morada se va á visitar?

"Cuando todo estuvo listo, continúa el grave historiador, Cayo se revistió con la coraza de Alejandro, que habia quitado de la tumba de este conquistador, se puso encima una casaca militar, toda de seda, realzada con oro y brillante pedrería; luego, con la espada á un lado, el escudo en la mano y la corona cívica en la cabeza, sacrificó desde luego á Neptuno, cuyo poder iba á desafiar, y á la Envidia, cuyas malignas influencias tenia á causa de la magnitud de la empresa en que se iba á señalar. En seguida entra á caballo sobre el puente, y seguido de numerosas tropas de infantería y de caballería, armadas como

<sup>1</sup> In Calig.

para un dia de batalla, corre á toda prisa hasta Pouzzoles en actitud de combatiente; allí pasa la noche para descansar de sus grandes fatigas. Al dia siguiente, con el vestido de triunfador, sube en un carro tirado por caballos famosos, por sus numerosas victorias en las carreras del Circo. Vuelve á pasar así el puente, haciendo llevar delante de él pretendidos despojos, y presidido por Dário, hijo de Artabane, rey de los Partos, que habia sido dado en rehenes por su padre á los Romanos. Despues del triunfador venia en carros toda su corte vestida magníficamente, seguida por soldados á pié, como en los verdaderos triunfos. Desde lo alto de un estrado, colocado en medio del puente, arengó el emperador á sus tropas y las felicitó por tan hermoso hecho de armas y les distribuyó dinero.

"La fiesta fué terminada por una comida general. Cayo en el puente y los oficiales y soldados en barcas, se pusieron á la mesa y bebieron el resto del dia y toda la noche, que fué tan clara como el dia más hermoso, porque el puente y todas las costas del mar, en forma de media luna, estuvieron de tal modo iluminados, que no se apercibieron de la ausencia del sol; Calígula se habia empeñado en cambiar la noche en dia, así como habia hecho de un brazo de mar un camino practicable para las gentes de á pié.

"Despues de la comida, Cayo, excitado por el vino, se procuró una diversion digna de él. Se puso á arrojar á sus cortesanos al mar y hacer correr un gran número de barcas llenas de soldados y de pueblo. Muchos se ahogaron; la mayor parte, sin embargo, se salvaron, porque el mar estaba muy en calma. Cayo halló en esto un nuevo motivo de orgullo; supuso que Neptuno habia tenido miedo de él y que no se habia atrevido á turbar sus placeres <sup>1</sup>."

<sup>1</sup> Sue in Calig., c. XXXII; Dio, lib. XLIII.

Acababa la lectura, cuando el cicerone nos advirtió que viéramos el *Monte-Nuevo*. Despues de habernos contado la formación de esta montaña y el hundimiento de Tripergole, añadía: "Todo esto sucedió en aquella ciudad, porque en ella se cometían muchos pecados." La terrible destrucción duró tres dias y llenó una parte del lago Lucrino, cuyas aguas arrojó á Pouzzoles. Horacio no podia dejar de hacer mención de este lago famoso en la historia de la sensualidad romana, por los mariscos de que era receptáculo:

*Non me Lucrina juverint conchylia 1.*

Agripa separó el lago Lucrino de la plena mar por un largo dique de cerca de 150 metros y bastante ancho para un carro de gran camino. Este dique está casi enteramente arruinado; pero el canal que unia el lago al golfo subsiste todavía. El aspecto de aquellos lugares nos recordó la interesante historia que se lee en Aulo Gelio: "Un dia una multitud inmensa se agrupaba en las orillas del lago Lucrino, ocupada en mirar un gran pescado muerto, que estaba encallado en la orilla. Este pescado era un delfín que, habiendo entrado en el lago, concibió la más viva amistad hácia el hijo de un hombre del pueblo. Este niño iba á menudo de Baja á Pouzzoles, para dirigirse á las escuelas públicas. Al detenerse de ordinario al medio dia en las orillas del lago, se habia acostumbrado el delfín á ir allí al llamado de Simon, que le arrojaba algunos pedazos de pan. El animal acudia aunque estuviera en el fondo de las aguas, y despues de haber recibido su porción acostumbrada, presentaba su espinazo, ocultando sus puntas como en una vaina. El escolar subía encima y le llevaba á Pouzzoles, atravesando el mar, y le volvía del mismo modo. Este juego duraba hacia ya muchos años, cuan-

<sup>1</sup> Epod., Od. II.

do el niño murió de enfermedad. El delfín siguió yendo á la cita, pero no encontrado ya lo que buscaba, tenía un aire pesadoso. El cuerpo de él era lo que admiraba aquella muchedumbre; y no cabe duda en que el pobre animal murió de pena por la pérdida de su joven amigo. Todo el mundo iba á admirar aquella víctima de una amistad tan rara y tan singular, y se decidió que se le inhumara al lado del niño á quien amó con tanta constancia 1.

Siguiendo un pequeño camino hueco, abierto entre dos viñas, se llega en pocos minutos á las orillas del lago Averno, que comunicaba en otro tiempo con el lago Lucrino; aquí comienzan los recuerdos de nuestra Mitología clásica. Además, es preciso convenir en que, ó aquellos lugares han cambiado mucho á que la musa de Virgilio las había embellecido singularmente. El horrible Averno está todavía rodeado de una faja de montañas, pero no están ya cubiertas de aquellas espesas florestas cuyos copudos árboles extendían sobre sus aguas muertas una noche eterna; aquellas montañas, hoy desnudas y áridas, añaden la imagen de la desolación á la soledad de aquellos lugares. El *infernal* Styx es un manantial de agua potable situado cerca de allí á la orilla del mar. Las aguas termales que se encuentran cerca de Cúmas, eran el Periplegeton, otro río de los Infernos. El *avaro* Aqueronte, bajo el nombre poco poético de Fusaro, sirve para curar el cáñamo y suministra excelentes ostras. Los Campos Elíseos, situados cerca de Bauli, son un buen terreno para viñas. Sin embargo, aquellos lugares han sido tan exactamente descritos, que con el Virgilio en mano puede el viajero reconocerlos todavía.

Así es como volvimos á encontrar en las orillas del Averno las ruinas del templo de Apolo. A algunos pasos de allí, so-

1 Aul. Gell. VII, 8; Plin., IX 8, Solin., 17.

bre la izquierda, está la entrada de la gruta de la Sibyla de Cúmas. El guardian del antro infernal quiso abrírnosla, mediante algunas monedas, y á la luz de gruesas antorchas resinosas nos fué permitido formar juicio de esta galería subterránea. Se observa desde luego una bóveda muy semejante á la de Pausilipo. Este camino tenebroso pasa bajo el monte Misena y conduce hasta Cúmas; pero su mayor parte está hoy obstruida [1].

La entrada es una caverna natural que sirve de vestibulo á la gruta de la Sibyla de Cúmas, que parece haber tenido muchas de ellas para dar sus oráculos: por allí se supone que la sacerdotisa de Apolo llevó á Eneas á los infernos. Tal como describe Virgilio esta caverna, así se la puede hoy reconocer todavía; negra, horrible, con la abertura ancha y en forma de boqueron, de avenidas pedregosas, cavada en el flanco de la montaña á dos pasos del lago Averno:

*Spelunca alta fuit, vastoquo immanis hiatus  
Serupea, tuta lacu nigro nemorunque tenebris.*

Así, no se podía ir á recibir los oráculos de la Sibyla sino atravesando largas galerías subterráneas. Esta condicion dis-

1 La dificultad está en hacer saber cuál era su uso. Según el geógrafo Strabonio, Agripa, yerno de Augusto, mandó practicar aquella larga galería sin duda con el fin de unir el lago Averno con la ciudad de Cúmas (a). Puede haber abierto así un camino más cómodo, más corto y siempre fresco para los numerosos visitantes que pasaban incesantemente de un lugar á otro, durante la estación de los baños. Por otro lado, Virgilio que sin dejar de ser poeta es también geógrafo, habla de la caverna por la cual la Sibyla llevó á Eneas á los infernos y la coloca en el lugar mismo en que comienza el camino de Agripa. La tradición constante del país sostenida por los arqueólogos más sabios, está de acuerdo con Virgilio. A lo que me parece se pueden conciliar muy fácilmente estas dos opiniones: basta admitir que la galería subterránea hasta la gruta de la Sibyla es una caverna natural, muy anterior por consiguiente al yerno de Augusto, que no hizo más que prolongarla. La inscripción de los lugares basta para dar un fundamento sólido á esta opinión.

a Strab. V, p. 257.

ponia al terror religioso y convenia bien á los misterios tenebrosos del padre de la ventura. Después de haber andado cosa de doscientos pasos bajo una bóveda espaciosa, se detuvo el guía á la entrada de una abertura baja y muy estrecha, diciendo: "Excelencias, hé aquí el camino que conduce á los infernos, ó más bien á los baños de la Sibyla, al lugar mismo en que pronunciaba sus oráculos." Habíamos cinco viajeros, y volviendo el rostro percibimos como Lazzaroni de alta estatura, de tez acobrada, barba negra, que se presentaba para servirnos de cabalgadura; porque el camino que conduce á los baños de la Sibyla está inundado como dos piés de agua. A vista de aquellos varoniles rostros, á los cuales la luz de las antorchas daba un tinte pálido, cambiamos nuestros amigos y yo una mirada que queria decir: ¿Es conveniente aceptar? ¿Si acaso nos iban á despojar ó degollarnos, ¿quién lo sabia? A pesar de nuestro secreto terror, nos decidimos valerosamente héynos á llí á todos saltando sobre las espaldas inclinadas de nuestras parlantes cabalgaduras.

Yo tenia fuertemente el cuello y á lo que creo también la barba de la mia; en cambio, ella me oprimia con fuerza las piernas y no cesaba de repetir: "Excelencia, no dejes resbalar vuestras rodillas, porque os degollareis en las paredes; bajad la cabeza ó vais á chocar contra la bóveda." De este modo, que puede parecer pintoresco y hasta poético, pero que seguramente no es cómodo, avanzábamos lentamente en las sinuosidades de la bóveda infernal. Muy pronto mi *caballo* se hundió en el agua hasta las rodillas; los piés de mi excelencia mojáronse también, y mis ojos se cerraron cansados como estaban por el humo de la antorcha recinosa que me quemaba el rostro á 6 pulgadas de distancia. El viaje comenzaba á parecer más largo, cuando mi Atlas, volteando bruscamente

á la derecha, dió un gran salto y me depositó en un banco de piedra. "Excelencia, me dije con un aire satisfecho: hénos aquí en los baños de la Sibyla." Esperando el resto de la caravana, me froté los ojos y conocí que estaba en una caverna tan negra, tan profunda, que todos los antros de los bandidos de los Apeninos ó de la Calabria, no se atreverían á acercarse por allí. Mis compañeros de aventuras llegaban en hilera, riendo, gritando, respirando recio y ligeramente aterrorizados; la gruta presentaba entonces un espectáculo digno de un hábil pincel. Las viejas paredes ennegrecidas por el humo, los rostros morenos de los lazzaroni, los nuestros alterados, el agua sucia que cubria el suelo, toda esta escena, débilmente iluminada por la luz vacilante de las antorchas, presentaba el asunto de un cuadro casi infernal.

La caverna ó como se dice, la sala de baños, tiene dos aberturas: una por donde se entra, y la otra actualmente cerrada, que comunicaba con uno de los numerosos subterráneos de que estaba rodeada la gruta Sibylina:

*Quo lati ducum aditus centum, ostia centum.*

Su dimension es de cerca de 25 piés de longitud por 12 de latitud. Con el fondo, que está á la extremidad, forma como un doble santuario. "Hé ahí, nos decia el guía, los restos de las tres tinas de piedra en que la profetisa tenia cuidado de purificarse antes de pronunciar sus oráculos; aquí en el centro está el pedestal desde el cual hablaba." ¡Cosa notable! las mismas explicaciones que acabábamos de oír de boca da nuestro cicerone, los guías las daban hace ya mil setecientos años. Yo no sé si me engaño, pero me parece que en la gruta de la Sibyla de Cúmas, visitada y descrita por San Justino mártir, es difícil no reconocer aquella en que estábamos.

1 El grande apologista al venir de Asia á Roma, quiso entrar en esta gruta célebre y habla de ella en estos términos: «Estando en Cúmas, vimos un lugar en el cual se encuentra un santuario cavado en la misma roca; es una cosa verdaderamente maravillosa y digna de admiracion. Allí era donde la Sibyla daba sus oráculos, nos decian los que los habian recibido de sus padres y que los guardan como un patrimonio. En el santuario nos enseñaron tres tinas cortadas en la misma roca, que se llenaban de agua, y en las que se bañaba ella. Cuando se vestia, se retiraba á la parte íntima del santuario practicado, como todo el resto, en la misma roca, y allí sentándose en medio de una gran silla elevada, pronunciaba sus oráculos.» 2.

¿Pero por qué el grave filósofo, el ilustre campeón de la fe habia querido ver con sus ojos aquella caverna tenebrosa? ¿por qué la describimos nosotros mismos con tantos pormenores y permanecer en ella tanto tiempo? Es que la gruta de la Sibyla de Cúmas que no enseña nada al arqueólogo, ofrece un poderoso interés al viajero cristiano. Ella le recuerda á aquellas vírgenes profetisas que la Divina

1 Algunos colocan la gruta de la Sibyla en una excavacion más inmediata á Cúmas; yo no tengo la pretension de decidir el debate: *videam doctiores*.

2 Hanc (Sibylam) Babylone ortam dicunt, Derosi Cha daicae historiae scriptoris filiam; et cum in Campaniae oras delata nescio quo pacto fuisset, ibi oracula edidisse in urbe quae Caemu; dicitur, Baiis, ubi sunt Thermae Campanae, sex lapidibus distans. Videmus, cum in hac urbe essemus, locum quemdam, ubi sacellum maximum ex uno saxo excisum conspeximus, rem sane praeclarissimam et omni admiratione dignam: ibi sua illam oracula edidisse narrabant, qui haec á majoribus, ut patriae suae propua, acceperant. In medio autem sacello monstrabant nobis tria receptacula ex eodem excisa saxo, quibus aqua repletis lavare eam dicebant, et cum vestem resum psisset in intimam sacelli aedem secedere, ex eodem saxo excisam, ac in medio aedis sedentem excelso solio, sic vaticinare. — S. Just. martyr. *ad Graecos Cohortatis*, C. XXXVIII.

Providencia, segun el pensar de los Padres de la Iglesia, habia suscitado en medio de la gentilidad para mantener la saludable creencia del Redentor futuro. En pie sobre la silla de la profetisa, me puse á repetir este oráculo famoso puesto en verso por Virgilio: «Hé aquí un nuevo orden de cosas que comienza; hé aquí á la Vírgen que vuelve; hé aquí la antigua edad de oro; un niño bajado de los cielos pone fin á nuestros crímenes y trae á la tierra la justicia y la paz 1.» Y bendijimos al Dios de bondad que nunca se ha dejado sin testimonio, y que en este mismo lugar se hace salir de la boca de la vírgen pagana, como otras veces de la boca de Balaam, una magnífica profecía; y nosotros repetimos con San Justino: «Oh Griegos, si preferís la verdad á vuestras fábulas, creed, pues, en la más antigua de vuestras Sibylas, cuyo libro extendido por todo el universo os anuncia manifiestamente la nulidad de vuestros dioses y la venida de nuestro Salvador Jesucristo 2.»

Cuando salimos de la gruta, pagamos alegremente á nuestras cabalgaduras. Al recibir su salario, me dijo el que me habia llevado: «Padre, no olvidéis á vuestro caballo en vuestras oraciones.—Yo le respondí sonriendo: pero mi caballo me ha llevado al camino de los infiernos.—Pues bien, rogad, por mí, Padre y el caballo y el caballero irán al paraíso.» Fué necesario separarnos; nuestros caballos se quedaron allí para ofrecer sus servicios á los

1 Eglog. IV.—Estos versos de Virgilio, así como el oráculo de la Sibyla, fueron leídos solemnemente en el concilio de Nicea.—Euseb. *Vit. Constant.*

2 Vestram igitur salutem, ó Graeci, si falsi diis, qui mille sunt, commento potiore ducitis, credite, ut jamdixi, Sybillae antiquissimae et vetustissimae, cujus libri per tetum orbem servantur, quaeque ex patenti quodam affatu deos qui dicuntur, nullos esse per oracula nos docet, ac de futuro Salvatoris nostri Jesu Christi adventu, ac de rebus omnibus quas gesturus erat clare et aperte praenuntiat *Id.*, C. XXXVIII.

aficionados, y nosotros, tomando el sendero del lago Lucrino, volvimos á ganar nuestra embarcacion. La orilla de Baja, á que íbamos á abordar, fué en otro tiempo celebrada por Horacio como lo más delicioso del universo;

Nullus in orbe siaus Baiis praelucet amaenis.

¿Qué diria el poeta si viese esta costa desierta, inculta, insalubre y cubierta de ruinas? A la derecha se distinguen los vestigios de los *Baños de Neron*; estas hirvientes grutas son todavía estufas de un efecto extraordinario. Segun su costumbre, el guía se sumergió en ellas y salió á poco ardiendo y escurriéndole el sudor. Hé aquí unas, á continuacion de otras, las ruinas de vilas suntuosas, cuyos nombres han perecido: las ruinas de un templo de *Venus Genitrix*, bien colocado en aquellos lugares; las ruinas de un templo de *Mercurio*, digno compañero de la diosa; las de un templo de *Diana Lucifera*; ruinas elocuentes, habitadas por algunos pobres pescadores, cuyos hijos harapientos van á vender pedazos de mármol en platos de tierra roja: ¡últimos restos de los templos, de los palacios y de las termas de los señores del mundo! Diríase á vista de esta desolacion que Isaías profetizaba contra Baja: cuando decia á la soberbia Tiro: «Un dia vendrá en que los ricos navíos de las naciones no abordarán á tu puerto.... Tú misma no serás más que una miserable aldea habitada por algunos pobres pescadores que lavarán sus redes en tu desierta playa.» 1 Cumás edificada como Baja en la colina, no presenta á los viajeros más que informes y numerosos despojos de antigüedades griegas y romanas. Pero le recuerda el primer establecimiento fundado por los griegos en las costas de Italia, á la famosa Sibyla, á Tarquino el soberbio, que fué á morir allí

1 Isaías. c. XXII, y siguientes.

después de su expulsion, y á Petronio que se hizo abrir allí las venas. A una legua de Cúmas á *Torre di Patria*; la antigua Linterna muestra la tumba sin corona de Scipion el Africano.

Cuando volvimos á la ribera, doblamos el promontorio sobre el cual se levanta el castillo de Baja. Fué construido por el virey de Nápoles, Pedro de Toledo, y está favorablemente colocado para la defensa del golfo, cuya monotomía interrumpe. Má léjos la pequeña aldea de Bauli, la antigua *Baccola*, se dibuja en medio del vasto panorama de ruinas que cubre toda la costa. La suntuosa vila de Mário no está representada más que por algunos arcos rotos; la pesquería de Hortensio, conocida por sus lampreas, no presenta más que dos construcciones subterráneas que se avanzan hácia el mar. Está seguida de un monumento circular, medio arruinado, que el guía nos señaló como sepulcro de Agripina, madre de Neron. Entramos á aquel monumento, cuyo origen y cuyo destino me parecen dudosos; por otra parte, el humo de las antorchas ha formado en las paredes una capa tal de hollin que es casi imposible leer las inscripciones. Sea lo que fuere de la tumba, el puerto de Bauli se parece mucho á aquel que describe Tácito en su relacion de la muerte de Agripina.

Como íbamos á dejar la barca para subir al cabo Misena, nos pidieron nuestros remeros, por sus *buenos brazos*, un plato de *maccaroni*. «Excelencias, nos dijeron, no os pasará darnos vuestras monedas; ver comer los *maccaroni* á la napolitana es una cosa curiosa, digna de nobles extranjeros.» Es un hecho que los viajeros en Nápoles no dejan de ir por la tarde á la puerta de *Massa*, para gozar de una representacion de esta escena nacional; gozar de ella en el mar nos pareció todavía más interesante y consentimos. Entre tanto, subimos el